

—Basta
la obra
no todas
su nar-
y alegre.
Rs. 4
morosos,
e del au-
cio y más
mayor, de
en verso
Blas. Se
Rs. 8
para ase-
a evitar y
dreciones
ados y sol-
ctor J. L.
las causas
ellano por
ion.

Rs. 8
encia pre-
establici-
de resul-
seguido
del matri-
sterilidad,
da edición
por D. G.

Rs. 12
ortantísima
las selectas
genes de la
á un pen-
por objeto,
a, levantar
arias.—Van
obras esco-
aras del es-
el 3º, las
el 4º, la
nísima; y el

Rs. 60
dispensa-
al, por Jus-

Rs. 3
varisto Silió

Rs. 6
ida doble,

buena im-
Rs. 6
ol)—Folle-
taño.

a y correcta
Rs. 4
r un oficial

Rs. 2
tos, Semina-
al Domingo,
Geografía é

Rs. 8
ion dinas-

Rs. 6
la, anotada
ante su dis-
debate y en-

Rs. 4
Comendador

Rs. 3
Emilia Calé y

ginas de ele-
Rs. 10
es, traducido
dirigidos á la

ginas. Rs. 4
de España y
ante, publica-

Rs. 4
uces y pe-
re el autor de
el día en que
aniversario de
Rs. 3

cuando no se
todos los pun-
mision al inter-
orte en sellos, bi-
cubierta certifi-
HABANA.

a Literaria.



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1 .. Un año.....\$ 10 ..
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 3 de Setiembre de 1871

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7 .. Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 44

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Pax vobis! por Juan de Austria.—El sillón verde, por Juan el Flaco.—Boceto á la pluma de Manuel del Palacio, por Julio Nombela.—Epístola de Nueva York á Juan Palomo, por John Bull.—Un día sin cable, por Juan Diente.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Boletín Bibliográfico.
Caricaturas, por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Han llegado, por fin, noticias de España, que destruyen las alarmantes especies que los noticieros de oficio esparcen en cuanto hay la más ligera interrupción telegráfica.

Es un entretenimiento como otro cualquiera; pero de muy mal gusto y ya completamente desacreditado.

En vez de desgracias y desastres, los periódicos nos facilitan la notable circular del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Ruiz Zorrilla, á los Gobernadores de las Provincias, explicándoles la marcha que se propone seguir el gabinete.

En pocas palabras está sintetizado el pensamiento del ministro de la Gobernación: "protección para la justicia y el derecho, política tolerante y atractiva con los indiferentes, energía contra los perturbadores del orden, puntualidad en el cumplimiento de los deberes, imparcialidad y exactitud en todo y para todos."

Esto viene á decir tan importante documento, que produce una impresión satisfactoria de calma y confianza.

El gobierno proclama la más completa moralidad en todo, y empieza separando la política de la administración.

Consecuente con este principio, el ministro de Ultramar, Sr. Mosquera, ha contestado á los que solicitan destinos, que á todos irá colocando según sus méritos, á medida que ocurran vacantes, pues está decidido á no firmar una sola cesantía sin justa causa.

Con esta entereza, con la sinceridad de que ha dado muestras y con la moralidad que proclama el Ministerio y que practicará positivamente, porque el partido progresista es puro y honrado, es como se ha de normalizar el país y como se han de corregir muchos vicios que redundan en perjuicio de la nación.

La circular de que trato tiene otro mérito, mayor que todos; que les ha parecido mal á los periódicos carlistas y alfonsistas.

Son los únicos que la atacan: la prensa de las demás fracciones políticas la ha recibido con benevolencia y hasta la aplauden algunos diarios de opiniones muy contrarias á las del Gabinete.

Pero, cómo la atacan aquellos descontentadizos órganos? Diciendo que *no tiene pensamientos profundos*, que está *llena de vulgaridades* y que *no entraña un nuevo plan de gobierno*.

Ni aún rebuscándolos mucho, le han podido encontrar otros motivos, más serios, de censura.

Bastante hemos hablado. Buena tiene que ser, por fuerza, la circular que tan mal sienta á aquellos pájaros de mal agüero.

En el campo laborante corre de boca en boca una sola palabra desde hace algunos días. Esa palabra es: *union*.

Union, grita Aldama con el agua hasta el cuello en los baños de Sharon Spring.

Union, dice Pancho Aguilera con el vino hasta la nuca, por la parte de adentro.

Union, exclama Echeverría empapado en sudor.

Union, tartamudea Cirilo Villaverde con su mujer sentada en la boca del estómago.

Union, pide Bramosio, que vé separados sus riñones de la *cúspide* de su abdomen por algunos palmos de barriga.

Union, reclama con voz argentina (¡qué galantería de tan buen gusto!); sí, señor, con voz argentina, la bella bordadora y popular Emilia. (¡Qué fino estoy!)

Union, gritan todos en diferentes tonos; digo, tonos. Unioooooon!

Y cada vez que dejan escapar ese grito, el eco les contesta:

—Es taaarde!

Porque el eco, en algunas ocasiones, tiene unas caídas, que lo deja á uno pegado á la pared.

Oh! y qué sacrificios tan inmensos han hecho todos en pró de la union y concordia de los que laboran por lo fino! Qué abnegación tan grande! Qué desinterés! qué modo de hacer pucheros! qué lujo de *pucherería*!

Aguilera ha escrito un manifiesto. Aguilera es de los que escriben Cristo con Q, y sin embargo, ha escrito un manifiesto. ¡Corazon magnánimo! ¡Espíritu fuerte! (de vino.)

Mestre y Echeverría han escrito otro manifiesto. Los mete-muertos y saca-sillas de la *Auxiliadora* han dado á luz otro manifiesto.

Aldama, por no ser ménos, ha endilgado también su correspondiente manifiesto.

Manolo Quesada, por variar, ha regalado á sus conciudadanos un nuevo manifiesto.

Rafael Quesada, ocupado todavía en la digestión del último burro, no ha querido ser ménos, y ha lanzado un manifiesto.

Vaya V. echando manifiestos hasta pesar una arroba!

Y todo por la union!

Pero aún han hecho más. Sus mismos partidarios han silbado á Pepe de Armas.

Varona ha desafiado al perfluido Manolo.

Aldama está arreglando las maletas para marcharse á Europa.

La *Revolucion* estuvo largo rato con la pluma entre los dedos, según ella misma dice, y por fin, ha comprendido que más vale callar.

Se ha celebrado un *meeting* en el que se presentó el vicepresidente Pancho, sereno por dentro y por fuera.

Y todo eso por la union!

Se han abrazado, han gemido, se han echado requiebros, miradas tiernas y alguno que otro mordisco.

Y todo por la union!

¡Unioooooon! es la voz majestuosa y sublime que llena el espacio: y el pícaro eco empeñado en responder:

—¡A la otra pueeeceerta!

Ya todos se han unido. Ya se han fundido Bramosio en Aldama, Aldama en Ramon Céspedes, Ramon Céspedes en Echeverría, Echeverría en Quesada y todos en doña Emilia.

Esta noble matrona, gallina clueca de la *cubitería*, levanta el ala y los cobija á todos.

¡Oh momento sublime! ¡Oh reconciliación por los sabios anunciada!

Llore V., amigo lector, llore V.: úntese V. los ojos con un poco de cebolla, y verá cómo llora sin poderlo remediar.

Todos los emigrados han hecho completa abstracción de sus rencillas y obedecen á un pensamiento común.

Los de Cayo-Hueso quieren comer sin trabajar. Los de Nueva-York no quieren trabajar para comer.

Los de Nueva-Orleans no viven para el trabajo. Los de Nassau no trabajan y comen.

No puede ser más completa la identidad de pareceres.

La reconciliación ha sido franca y leal; y como el suceso es importantísimo, le han dado publicidad por todos los medios imaginables.

Lo han puesto en boca de Aguilera, dándole la forma de cuartillo de rino, para que no lo escupa.

Lo han anunciado en las columnas de sus periódicos.

Y por último, escrito en un papel, lo han pegado en las pantorrillas de Doña Emilia, para que todo el mundo lo lea.

No cabe duda; en el primer tiberio que armen los prohombres del laborantismo, se arrojarán los cacharros á la cabeza, se zurrarán de lo lindo; pero será de una manera fraternal y con la union tan

recomendada por Morales Lémus y otros profetas; no como hasta ahora, que lo hacían con el mayor desorden y sin la armonía que el caso requiere. Regocijémonos, y después... nos iremos á tomar un *piscolabis*.

Pero como no hay dicha completa en este mundo, *La Revolución* ha venido á empañar el limpio cristal de mis risueñas esperanzas.

(¡Bien! me gusta este párrafo, que por lo limpio parece que acaba de salir de las manos de una lavandera.)

"Limpio cristal de mis risueñas esperanzas..." Muy bien! me gusta por lo almidonado! Adelante.

La Revolución publica un artículo de cinco columnas, lleno de terribles vaticinios contra nosotros los pícaros españoles, que hemos tenido la crueldad de venir á esta tierra á dar vida, salud y pesetas á los desventurados amigos del periódico mambí.

La argumentación del papel filibustero es aplastadora y contundente, como un garrote de pastor.

"Público y notorio es, dice, que el gabinete progresista debe en gran parte su vida á la influencia de D. Nicolás María Rivero. Este es propietario del periódico *La Constitución*, fundado expresamente con Azcárate de director, para insistir un día y otro en la necesidad de desarmar y dispersar los voluntarios;" con que... échese V. á considerar.

De esto deduce el órgano laborante que caminamos á la desolación; que nos embriagamos en vapores de sangre (ya se le pegó el estilo del nuevo agente Aguilera); que nacerán nuevas generaciones de criollos (esto lo dice por halagar y atraerse á las parteras); que las madres españolas no tienen las entrañas de roca; en fin, un chorro de deducciones todas tan oportunas y tan exactas, que lo hacen á uno temblar de pies á cabeza.

Ahora, lector, si quieres dormir y tener sueños que te exciten la risa, acuéstate pensando en la fusión, ya realizada, de Montpensier y el príncipe Alfonso.

Ambos y á un tiempo, se han metido en la misma chaqueta, y á los dos les está bien, á pesar de tener los cuerpos de tan diferente tamaño.

Si llegasen á tener que andar, de esta manera fusionados, el compromiso sería gordo, porque el chico tiene el paso muy cortito, mientras que el otro, con buenas zancas, puede andar más ligero.

Dicen que también entra en la fusión Carlos VII, y creo que entrará hasta el *sursum cordam*.

Y el eco, que de algunas semanas acá se ha propuesto hacer majaderías, cada vez que gritan: ¡fusión! contesta:

—E tardi.

Y lo dice en italiano, para darle más fuerza á la expresión, el muy tunante!

JUAN PALOMO.

PAX VOBIS!

Algunos soberanos de Europa se han reunido, porque parece que sin reunirse, corría peligro la paz de quedar *cesante*, y reuniéndose... también.

Ha reinado entre ellos una armonía *despanpanadora*, una prudencia admirable: no se ha hablado de petróleo, de *suegras* ni de otras materias inflamables, para que no se diga que han tenido conversaciones de gente ordinaria.

Después de hacerse mutuamente mil protestas de amistad y de cariño, se han separado estrechándose las manos, mirándose con ternura y hasta llorando, según parece, pues al de Rusia se le cayeron dos lágrimas como dos adoquines, que Bismark recogió presuroso en una botella que fué de agua de la Florida.

Las lágrimas y la compra de algunos fusiles y cañones deben llevar á los pueblos la confianza de que la paz no se alterará. Todo lo más que podrá sucederle es que se la lleve la trampa; pero ella, sin alterarse, aguardará tranquila y sin meterse con nadie á que se presente de nuevo el día oportuno de salir á la calle luciendo el garbo.

Me he tomado la libertad de penetrar en el pensamiento de los soberanos que acaban de reunirse, y puedo decir qué ideas son las que allí rebullen.

Será descortés revelar estos misterios; pero yo no me atrevo á callarlos, porque sé que con descubrirlos llevaré á los pueblos la tranquilidad y la confianza de que nada tienen que temer, si atraen-

can bien la puerta y compra cada vecino una ametralladora para entretenerse después de comer.

Atención, pues, y con el respeto debido sepamos lo que piensan los que tienen en su mano la paz ó la guerra.

Uno de los monarcas—no diré cuál para no ofender su modestia—al salir de la junta iba diciendo para su capote:

—Ni la cuestión de Oriente, ni ninguna otra cuestión turbará la paz europea. ¡Qué ha de turbar! Pues bonito soy yo para no saber contenerme y dar á mis pueblos reposo y otras gollerías! Pero si la paz ha de asegurarse, necesito algo que les meta á los demás el resuello en el cuerpo. Si yo encontrase por ahí un filósofo de esos, alemán de profesión y desocupado por añadidura, que se emplease en mi servicio, me ponía las botas. El oro y el moro le daría yo á ese hombre si fuera capaz de inventar un hulano de carne y hueso, pero no como los que se estilaban en la última guerra, sino de más empuje: por ejemplo, un hulano que al correr algo, se le abriesen los poros del cuerpo para sudar, pero que en vez de sudor echase por cada uno un chorro de metralla. Con un hombre así, me atrevo á destruir dos regimientos en un segundo.—También sería bueno que el inventor dotase su invento de una *hulana*, para que tuviesen cria.—Si no logro una cosa por ese estilo, me parece que el equilibrio europeo vá á darnos un susto el día menos pensado.

—Las ametralladoras francesas,—iba discurrendo el otro—barren un regimiento de un sólo disparo; pero lo importante es descubrir el modo de que un regimiento se dé por *barrido* sin necesidad de dispararle. Es decir, necesito balas que viajen de incógnito. La paz europea, por la cual me desvivo, bien merece una invención de esta clase. Cómo es posible, si nó, que las naciones se respeten unas á otras y no haya alguna que levante el gallo? El único que tiene derecho á levantar ese señor *plumífero*, esposo de la gallina, soy yo, porque puedo gastar ese rumbo, y al que me tosa le tiro á la cabeza la estatua de la paz.

—El equilibrio europeo es una cosa muy buena, sí, señor, muy buena, que unas veces entretiene y otras fastidia. Pero á mí que no me vengán con equilibrios ni zarandajas; no podrá sostenerse la paz de una manera sólida mientras yo no perfeccione mi invención de *balas parlantes*. Son unos proyectiles con mucha intención y más sentido que un toro: llega la bala y mata un soldado, y en seguida á los que estén al rededor del muerto les dice:—¿Me presta usted dos onzas?—Y claro está; qué hombre, al verse interpelado de ese modo, no echa á correr? Por este sistema, con una sola bala me libro de cinco ó seis enemigos. ¡Qué economía tan grande de material! La paz será duradera mientras yo consiga tener atemorizados á mis compañeros.

—Si ha de haber paz, es preciso que los sábios no se echen á dormir y nos den nuevas máquinas de guerra que metan el resuello en el cuerpo á todos los que á Nos quieran atreverse. El fusil de aguja es una gran cosa, pero lo que se necesita es un fusil que mate á la gente antes de salir de su casa para la guerra.

Las ametralladoras son aparatos muy bonitos y casi útiles, pero hoy ya no sirven más que para tocadores de damas.

El algodón-pólvora ha dado muy buenos resultados, pero es cosa que ya no puede usar la gente fina: el que más y el que menos prefiere la seda al algodón, y no es posible hacerlo emplear á ningún ejército medianamente educado. Nó, señor; no se presentan ahora géneos de primera, de esos que sacan de apuros á un monarca que desee la paz para sus pueblos y los vecinos por medio de armamentos de rechupete.

—Pero, hombre, es lo que yo digo; no hay tramoyistas en los teatros que por medio de un escotillon hacen subir y bajar muchas veces las personas? pues eso sería lo mejor: un escotillon bastante-grandecito, que cuando yo tirase de una cuerda, se abriese y ¡paf! se cayera el ejército enemigo, sepultándose en las entrañas de la tierra. Con una cosa por este estilo, respondo yo de la paz europea, cuando menos por un trimestre.

Por eso digo yo que la reunión de soberanos que acaba de verificarse debe ser tranquilizadora y una garantía de que la paz no ha de alterarse.

Pero es una garantía verbal, y las naciones, algo

escamadas, exigen ya *hipotecas*: ¿me entiende usted?

Ridiculeces de los pueblos: la paz está asegurada; ahora la cuestión estriba en inventar una máquina buena, bonita y barata, que mate más gente, en menos tiempo y con mucho decoro, vamos al decir.

JUAN DE AUSTRIA.

EL SILLON VERDE.

RECUERDOS DE TRINIDAD.

No es mentira, caro lector:—hay objetos materiales que ejercen una grande influencia en el corazón humano; que imprimen á sus latidos toda la fuerza, toda la violencia que darle pudiera una lánguida mirada de amor.

A propósito de miradas de amor. ¿No te has dejado dominar alguna vez por unos ojos de esos que por el daño que causan en las almas débiles de los aspirantes de poeta, consueñan siempre en abrojos?... Creo que sí, pero creo también firmemente que nunca te habrá ocurrido creer que haya un sillón capaz de ejercer tal influencia sobre el que se sienta en él, que lo *arrastra*, [perdonadme la frase, bellas lectoras] á estrecharse entre los lazos del dulce Himeneo.—Y sin embargo existe, y ese sillón es verde, y ese sillón ha hecho diez y ocho bodas de otras tantas hijas y nietas, manejado por una suegra que no es suegra, que es una venerable señora que sin más armas que un sillón verde, ha logrado multiplicar el género humano y tener infinitos vástagos, hijos todos de los efectos de un sillón.—Me lo explico:—comprendo el sentarse en un cómodo sillón teniendo al lado, en otro sillón un poco más bajo, una niña encantadora, cuya mirada le dice á uno todo lo que pueden decir los ojos de una mujer cuando ella *quiere*; cuyo corazón late como intentando salir del pecho, y comprendo también que eso pueda producir un mareo, malestar ó enfermedad que sólo logre curarlo el vigilante rabillo del ojo de la mamá, que no pierde á uno de vista, ó las palabras sacramentales de ¿quiereis...etc.... Qué horror! Si lo sé, no me siento....

¿Quién pudiera imaginarse que por mecer más cómodamente á mi humanidad, había de verme expuesto á que mis ojos quisiesen leer en el fondo del alma de una mujer, que mi pecho quisiese recoger sus suspiros y que todo mi sér se consagrara á ella.... y todo por sentarme en un sillón verde?

Pero te voy á contar la historia, pues si bien es muy cierto que nadie escarmienta en cabeza ajena, y en materia de amores mucho menos, pudiera servirte de saludable consejo, y cambiar el conocido refrán de "antes que te cases...." por el de "antes de sentarte, mira si el sillón es verde...."

Existe en la ciudad de Trinidad una respetable señora, de cuyo nombre me acuerdo bastante. Su edad no la sé, porque no he visto su fé de bautismo, y aún viéndola, dudaría, pues en materia de edades de mujeres soy lego, y mucho más desde que Rodríguez inventó la célebre pomada, pero á juzgar por algunas nietas que á fé que me gustan más de la cuenta, es abuela, y abuela con nietas casaderas. Su casa tiene su imán particular para los forasteros y para los que no lo son, y un trato agradable, y los ojos antes de sus hijas y ahora de las hijas de sus hijas, atraen siempre á ella lo más escogido de la población.

Calificanla con el sobrenombre de "La reina madre:" apenas llega una persona de alguna consideración al pueblo, con tal que sea soltero, que no sea presentado en casa de esta buena señora.

Antes de conocerla, no falta nunca quien le avise la existencia del sillón verde, del histórico sillón que ha multiplicado su familia, y á pesar de eso, el hombre, que es todo curiosidad, como hijo de la mujer, busca con sus ojos anhelante el sillón: ama el peligro, y el que ama el peligro, perece en él. Visita un día y otro la casa hasta que una vez se encuentra cómodamente reclinado, ¡oh fatalidad! en el sillón verde. A su lado se mece blandamente una hermosa niña: en su sonrisa inquiere un no sé qué de simpatía: en sus movimientos divisa tesoros de hermosura, sueña placeres.... dichas inagotables, é insensiblemente vá un día y otro día sentándose en el mismo sillón: las horas trascurren para él ligeras y llenas de indefinibles encantos, y cuanto más se sienta en el sillón, mayor es la afición que le toma. Un día y otro día pasan: la niña suspira, la mamá abuela dá una vuelta por el interior de la casa para que el amor tenga la expansión, la libertad que los límites de la buena educación aconsejan, y en estos descuidos intencionados, el hombre del sillón toma entre sus manos las de la niña, se extremece al sentir su contacto, se confunden sus suspiros con más rapidez que un desprendimiento eléctrico.... y la dedada de miel, que apenas si pudo llegar á los labios, le desarrolla el apetito matrimonial.

—Cayó el pez en el anzuelo, exclama la niña gozosa al ver ausentarse al hombre del sillón.

—Qué felicidad la mía! exclama el incauto al retirarse, soñando ya con los regalos de la boda.

Desde aquel para ambos dichoso día, la mamá redobla la vigilancia, la leña hacinada pudiera incendiarse al menor soplo, y como las gentes han dado en decir que es el diablo el que sopla, mi hombre está dado al diablo, pero no puede soplar. Apénas si le es posible dirigir unas entrecortadas palabras á la niña.—Ella le contesta con una significativa mirada, como el que dice:—No puedo.

—Mi hombre se desespera, maldice la hora en que se ha sentado en el fatal sillón, y toma una resolución suprema.—Me caso, exclama, pronunciando en voz baja estas palabras para no asustarse á sí mismo.

La cosa no es para menos, y ese *me caso* apénas imperceptible, produce diferentes y encontrados sentimientos en los actores de este drama. La abuela vé satisfechos sus deseos de tener un yerno más y una hija menos, y exclama gozosa:—Ya salí de esta.

La niña dice para su capote:—Es brusco, pero al fin es marido y yo lo domesticaré!

El sillón, caros lectores, adquiere en la casa un mérito más, se pone grave ante el recuerdo de haber hecho consumir otro sacrificio; dá por bien empleados los papeles que ha hecho, y el autor de estas líneas, que tiene el retrato de una niña con un vestido de color verde, ha dado en la manía de creer que el tal vestido es de la misma tela que el sillón del cuento.

JUAN EL FLACO.

BOCETOS A LA PLUMA.

MANUEL DEL PALACIO.

Desde el año 1849, en que hizo su primer viaje á Madrid desde Granada, donde los áuras impregnadas con el aroma de las flores de los cármenes arrullaron sus primeros años, logró distinguirse por su correctas, sentidas y encantadoras poesías, por sus sátiras finas y descaradas contra los progresistas y los moderados, y por su carácter bullicioso, vividor y ordenadamente desarreglado.

Pobre unas veces, rico otras, en la fortuna y en la adversidad, expansivo siempre, partía con sus amigos la abundancia de la escasez.

Nada le engreía con tal de que no le faltase nada á su madre, á quien quería con extremo; poco le importaba la vida de bohemia que hacía á ratos, ó la de gran señor que las circunstancias le ofrecían momentáneamente.

Su originalidad le ganaba más admiradores aún que su talento.

Después de los sucesos de 1856, que produjeron la caída de Zapatero, todos los periódicos liberales acusaron á este ilustre general por su torpeza. *La Discusión* fué el más implacable de todos ellos, y Manuel del Palacio el que más se hizo notar en los periódicos democráticos por sus sátiras en verso, sus epigramas á los progresistas y su caudillo. Un día recibió Manuel del Palacio una carta de Barcelona. La escribía un furibundo esparterista, y decía, sobre poco más ó menos, en el último párrafo, después de los improperios de ordenanza:

“Yo haré entender á usted, señor Palacio, que no se burla nadie impunemente de un héroe como el que yo adoro, y si hoy mismo, ocupaciones graves me impiden dejar á Barcelona para ir en busca de usted y matarle, yo le juro que algún día cumpliré mi deseo.” Manuel del Palacio leyó la carta, y aquel mismo día el correo llevaba al entusiasta defensor del duque la siguiente contestación:

“Si la sentencia de muerte que usted lanza contra mí no tiene para su realización más inconveniente que las graves ocupaciones de usted, yo voy á indicarle el medio de salvar este inconveniente. Remítame usted á vuelta de correo el dinero necesario para hacer el viaje desde Madrid á Barcelona, y dentro de ocho días le proporcionaré á usted la ocasión que desea.”

Útil es decir que ni recibió el dinero ni el campeón volvió á molestar al poeta con sus escritos. La vida que hacía por entonces Manuel del Palacio, era en extremo original. La mesa del café á donde él acudía, estaba siempre llena de admiradores suyos, que estaban seguros de que salpicaría la conversación, como así sucedía, con chistes graciosísimos, con historias picantes, con frases de una originalidad y de una intención fascinadoras.

No había banquete al que no le invitasen, porque solía pronunciar unos discursos tan discretamente disparatados, que excitaban la hilaridad del concurso, haciendo rayar en delirio el entusiasmo que producían.

Manuel del Palacio era uno de los que más brillaban en la tertulia de Cruzada Villamil. No había espectáculo ó función alguna á la que no asistiese, y todos le querían, porque era franco, expansivo y generoso.

Un día, en una de las épocas de escasez que con tanta frecuencia le asaltaban, se hallaban reunidos con él Ramon Correa, el pobre Ramos, que murió, y no recuerdo ahora quiénes más, pero entre todos eran seis ú ocho.

Todos estaban sin un cuarto, ó poco menos, y en aquella situación, no sé si Correa ó Palacio, tuvieron una idea felicísima.

Había en Madrid una fonda que aún existe, aunque reformada: la de Barcelona, en la que se servían cubiertos por una peseta.

—¿Vamos á convidar á Salamanca á comer en la fonda de Barcelona por cuatro reales? dijo el autor de la idea.

La proposición fué aceptada por unanimidad y con entusiasmo.

Acto continuo dirigieron una carta en verso al célebre banquero, en la que sobre poco más ó menos, venían á decirle que admiradores de su gran ingenio para hacer oro, se proponían rendir un tributo de admiración á su genio, gastando sus últimas monedas en convidarle á comer en aquel figón.

Enviaron la carta á su destino, sin esperanza de que obtu-

viera respuesta, pero su buena suerte quiso que el banquero aceptase la invitación, y el convite se llevó á cabo.

Don José Salamanca comió en la fonda de Barcelona por cuatro reales, rodeado de aquellos escritores que quemaban sus naves. Hubo brindis, y Manuel del Palacio pronunció uno de sus más inspirados discursos, en los que hablaba de *Los humos y los otros*, del *Monte tambor* y del *Huerto de que se me dá á mí*, y de los *Vapores de Eley* y *C^a*, etc., etc.

Agradó al banquero la amena conversacion de Palacio y de Correa, y desde aquel día fué su íntimo amigo, dispensando á uno y otro señalados favores, que estoy seguro le agradecen todavía.

De *La Discusión* pasó Manuel del Palacio á *El Pueblo*, y continuó publicando sus célebres orientales contra Narvaez.

Fué preso y encausado algunas veces por estas orientales y algunos otros ataques en verso á los Gobiernos, pero como hacía gracia aún á sus mismos enemigos, sus castigos quedaban reducidos á breves destierros, y amigos y adversarios celebraban á todas horas la chispa y el ingenio de sus sátiras.

Creo oportuno incrustar en el boceto de Manuel del Palacio un página de la historia íntima de la literatura contemporánea, que Pedro Antonio de Alarcon, otro de los más distinguidos escritores de nuestra época, ha contado, y que de seguro gustará conocer á los lectores de JUAN PALOMO.

Hé aquí la anécdota á que me refiero y que su autor titula:

“HISTORIA DE CINCO HISTORIAS.

No hace muchas noches estábamos seis amigos, dice Alarcon, todos menores de edad, sentados al rededor de una mesa de escritorio, velando el sueño de un sétimo amigo que se encontraba gravemente enfermo.

Diré cuatro palabras sobre la mesa de escritorio, y presentaré mis amigos á los lectores.

Aquella mesa es ya un mueble histórico, y está llamada, si no se quiebra, ó su dueño la vende, á pasar á la posteridad como el sombrero de Napoleon ó el baston de Balzac.

Es el laboratorio de uno de nuestros primeros autores dramáticos.

Es el escritorio de Eguilaz, del autor de *Verdades amargas*.

El que yacía en cama era su inseparable amigo, su hermano, compañero y paisano Diego Luque, (para mí no tienen tratamiento los poetas, y les apeo hasta el don) Luque, el literato estudioso, conocedor del teatro antiguo y de la escena moderna, consejero modesto y tardo emprendedor.

Eguilaz vagaba de la cama á la mesa. Eguilaz, tan serio como la intención de todas sus comedias; Eguilaz, que ha sacado á un abuelo mío de esa segunda mortaja, que se llama *olvido* (aquí plagio el *Antony*): Eguilaz, que ha tenido la frescura de decirme que me parezco al *Alarcon* que él tenía en su mente al escribir el drama de este nombre, lo que quiere decir que soy más que medianamente feo, aunque ni tan feo ni tan poeta como mi ascendiente; Eguilaz, en fin, cuyas obras le sobrevivirán, lo que ya vá siendo un milagro.

Allí estaba Granadinos, vuestro Fernandez Jimenez, el autor de *Ivon el sepulturero*; ese vate nacido en el borde de una tumba; ese genio múltiple que se disputan las artes, y con quien la poesía debería enfadarse por lo poco que se acuerda de una musa que le inspiró aquella fantasía hebrea, donde dice entre otras cosas:

“Rugió un leon sediento de matanza
y con él rugió el valle resonando.”

Allí estaba Larra, el hijo de Figaro, jóven en cuyas obras hay destellos del genio de su immortal progenitor. Aquella noche Larra se hallaba en la capilla literaria; al día siguiente se estrenaba su comedia *Una nube de verano*, que justifica el título, pues es rica de colorido y bella de formas como una nube; al par que picante y fogosa como un sol de verano.

Allí estaba Agustín Bonnat, uno de nuestros más concienzudos folletínistas; periodista lleno de gracia; traductor bien quisto con franceses y españoles, lo que quiere decir mucho, y entusiasta decidido del famoso Karr, cuyos claros oscuros sabe presentar.

Un fenómeno fuera que estando yo, faltara ese otro desertor del Parnaso granadino, ese poeta que ríe y llora con la misma imperturbable gravedad, y cuyo hueco nadie podrá llenar en la tribuna del Liceo de Granada; Manuel del Palacio, en fin, que tiene algo de todo, y más que de todo, de poeta caballeresco y tradicional.

Y por último, en una esquina de la mesa teniais (con vosotros hablo, granadinos, gaditanos, malagueños y almerienses, suscritores del *Eco*, rancios amigos míos), allí teniais á mi humanidad, que ya conocéis física y moralmente; á mi humanidad, tan traída y llevada de Ceca en Meca por el viento del acaso, y que semejante á un corcho tirado al mar, aparece siempre en la superficie luego que pasa la borrasca. Allí estaba yo, porque en alguna parte había de estar, y me es indiferente estar aquí ó allí; pues mi patria es la tierra y mis paisanos todos los hombres, y lo mismo que hoy estoy en Madrid, mañana estaré en otra parte, aunque en esta parte haya cólera: allí estaba yo, repito, con mi lira á la espalda, peregrino siempre; siempre amando y perdiendo corazones; siempre de despedida, diciendo *adiós* hoy á lo que me enagenó ayer, y dejando por doquiera que voy esos pedazos del alma que se llaman recuerdos....

Pero basta de elegía y justifiquemos el título de estos renglones.

Nos hallábamos, pues, los susodichos, al rededor de la mesa y sin saber en qué pasar el tiempo, cuando uno exclamó:

—¿Vamos á escribir algo?

—¿Y qué escribimos?

—Escribamos una novela entre todos.

—No hay tiempo para ponernos de acuerdo sobre el plan.

—Escribamos una novela cada uno.

—Y todas con el mismo título....

—Título raro, comprometido, que obligue la accion....

—Eso es, y con término de media hora....

—Inventemos un título endemoniado.

—Ya lo tengo, dijo Larra.

—¿A ver....

—Todas las novelas se titularán ¿Por qué era rubia?

—¡Magnífico! Ahí teneis un brillante asunto de difícil desempeño:—¿Por qué era rubia?

—Porque lo era.—Nó, señor, es menester que no hubiera razon para que lo fuera.

—¿Y qué razon, esto es, qué cinco razones vamos á inventar?

—Ahí está el *quid*!

—Cuidado, que es preciso justificar el título!

—Veamos la hora.... Las once.

—A las once y media han de estar las cinco concluidas.

—Pluma en ristre....

—¡Silencio!

Y ya no se oyó más que el chisporroteo de las plumas sobre el papel.

Entonces hubiérais visto aquellas seis fisonomías tomar un carácter peculiar, una gesticulación inusitada y una apariencia insólita.

Había mucho que discurrir: todas las imaginaciones se aislaron, y huyendo de aquel aposento, se extendieron por la faz de la tierra, fijándose en diversos sitios, en distintas épocas.

Cada cual tiene un vicio en la compostura ó en el semblante al tiempo de componer.

Eguilaz se levantó cuando apénas llevaba una página.

Se había quejado Luque, ó le había llamado, y ya le fué imposible continuar.

El autor de *Ivon* arqueaba y levantaba las orejas.

Larra se atormentaba el cabello.

Bonnat se pasaba por los labios el extremo de la pluma.

Palacio se tiraba de su estrecha y rubia barba.

Yo trepaba insensiblemente por los palos de la silla.

Bonnat acabó el primero.

Luego yo.

Enseguida Larra.

Después Palacio.

Y el último Ivon.

Pero aún no se había pasado la media hora.

Procedióse á la lectura por el mismo orden que se habían ido terminando, y entonces admiramos la completa variedad con que, sin ponernos de acuerdo, habíamos tratado un asunto tan obligado.

Bonnat había escrito uno de esos deliciosos artículos franceses que prueban toda clase de paradojas con el auxilio del *tour de force*, como se dice por allá.

Negaba en primer lugar que Colon fuera el primero que descubrió la América; nos describía el naufragio de un buque inglés y el arribo de una jóven rubia á aquellas costas, arrojada por las olas con un resto del bajel: los americanos del centro, que nunca habían visto cabellos de aquel color, se preguntaban naturalmente que *¿por qué era rubia?* Todo esto aliado con ciertos apuntes de mitología del país.

Luego pasaba esta rubia á ser la caricatura de una celebridad literaria odiada por el autor, y por lo tanto decapitada en efígie.

Yo pintaba el apuro de un indio de ojos y cabellos negros, casado con una india de ojos y cabellos del mismo color, porque esta había dado á luz una niña rubia. La escena era en Delhi, donde hay ingleses, y el buen indio temía.... y lo temía no sin razon; pero el desdichado no temía pruebas, y se contentaba con preguntar al cielo *¿por qué era rubia* su hija. Trasladando luego la escena á bordo de un buque europeo, refería yo una conversacion entre ingleses, donde resultaba claro á los ojos del lector la infidelidad de la india. Finalmente, presentaba el último cuadro en el Thibet: había guerra: el inglés adúltero entra en la ermita de un indio estático: este le cura sus heridas: el inglés agradecido le cuenta su historia y sus amores con la india: el anacoreta es el marido de esta, y el padre de la rubia; por lo tanto, ahoga entre sus manos al inglés, y punto concluido.

Larra nos contaba una horrible historia de un cazador y su perro, de una señora rubia, de un castillo, de unos misterios incomprensibles; y después de asustar al lector, como Ana Radcliffe, resulta que la señora era rubia, porque se tenía el cabello quemando los pelos del perro, lo que hacía la infelicidad del cazador: esto, escrito con gracia, con soltura y abundancia de esos chistes propios del autor.

Palacio escogió un medio ingenioso y muy verosímil. Un viajero se enamora en la diligencia de una compañera de viaje: sus cabellos rubios le interesan sobre todo por el contraste que hacen con sus ojos negros. Termina el viaje, y nuestro enamorado se separa de la pasajera; pero lleva su imágen en el corazón: poco tiempo después, vuelve á encontrarla; pero no ya rubia, sino con unos hermosísimos cabellos negros: sin duda que ahora le agrada más; pero en la diligencia, *¿por qué era rubia?* Porque entonces iba huyendo de un esposo indignado, y se había disfrazado con una enorme peluca para que este perdiera la pista.

Fernandez Jimenez nos ofreció la mayor originalidad, la variedad más positiva que podía dar de sí el asunto. La escena es en una sacristía en América. Vá á morir una señora muy vieja con el pelo cano; pero que tiene el apodo de *la rubia*: el cura de la parroquia se niega á auxiliarla después de hacerse la siguiente reflexión: esa mujer se llama *la rubia*, porque ha tenido el pelo rubio: ha tenido el pelo rubio, porque es inglesa: las inglesas son protestantes, luego no doy los sacramentos á *la rubia*.

Resulta luego, cuando el cura vé á la enferma: 1º, que la señora no ha tenido el pelo rubio, sino castaño; 2º, que no es protestante; 3º, que la llaman *la rubia*, porque amó á un español cuyo apellido era *Rubio*; y 4º, que el cura era este español.

Ahí teneis, lectores, *La historia de cinco historias*: si os parece insípido este artículo, yo os ofrezco para otro día uno que será de vuestro agrado.—P. A. de Alarcon.”

Afiliado en el partido democrático, después de haber publicado sus bellas semblanzas en el *Gil Blas*, y las del libro que corrió con tanto éxito, titulado: *Cabezas y Calabazas*, al estallar la revolucion de Setiembre, fué nombrado secretario de la Legacion de Italia, y entrando por esta puerta en la carrera diplomática, al regresar á Madrid fué nombrado oficial del Ministerio de Estado, puesto que aún desempeña.

Hoy se ha operado en él una transformación completa. Es siempre el buen amigo, el hombre generoso; pero se ha casado, ha metodizado su vida, y hoy es un hombre serio en toda la extension de la palabra.

No se le puede negar un gran talento, y además, escogiendo sus poesías, hay que darle un lugar preferente entre los poetas festivos del siglo XIX.

JULIO NOMBELA.

EL CASADO EN LA MANIGUA.



La carga del matrimonio.



Los primeros antojos. Un coco situado á ciento cincuenta piés sobre el nivel del mar.



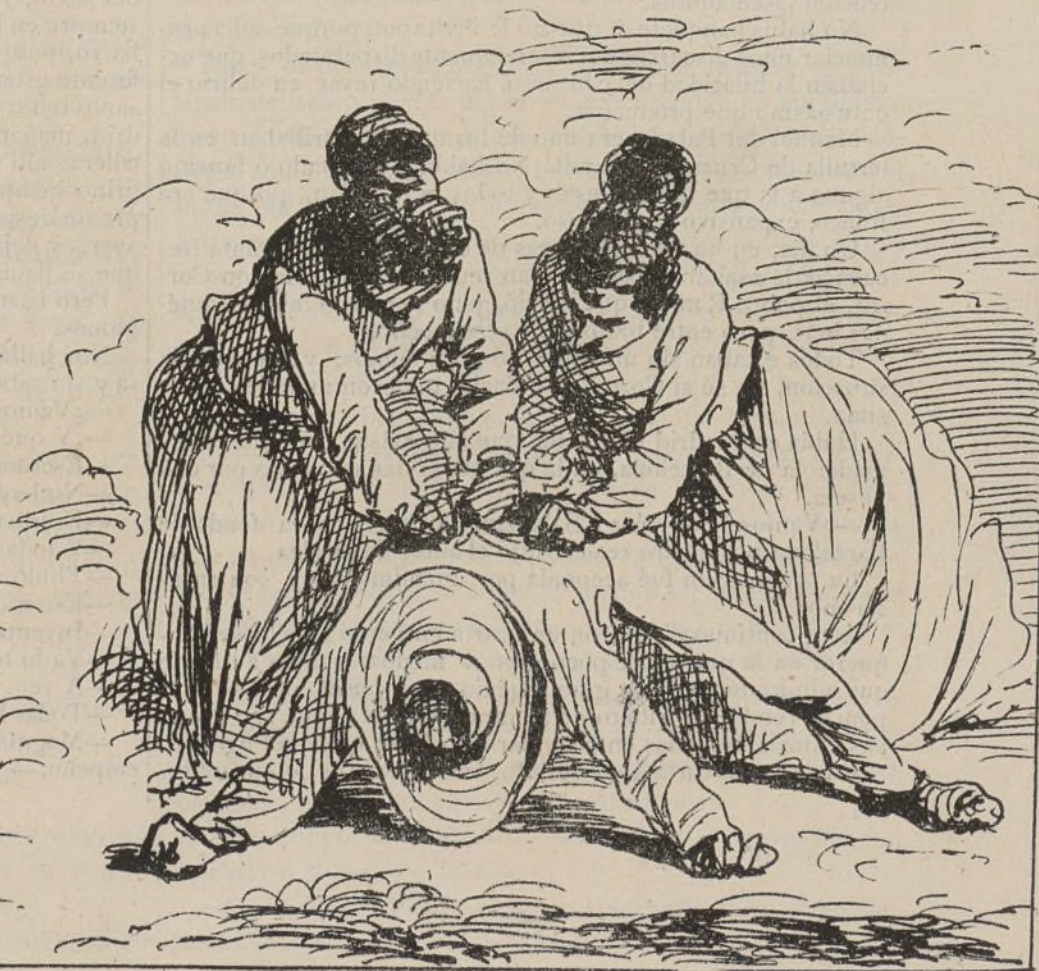
Continúan los antojos.



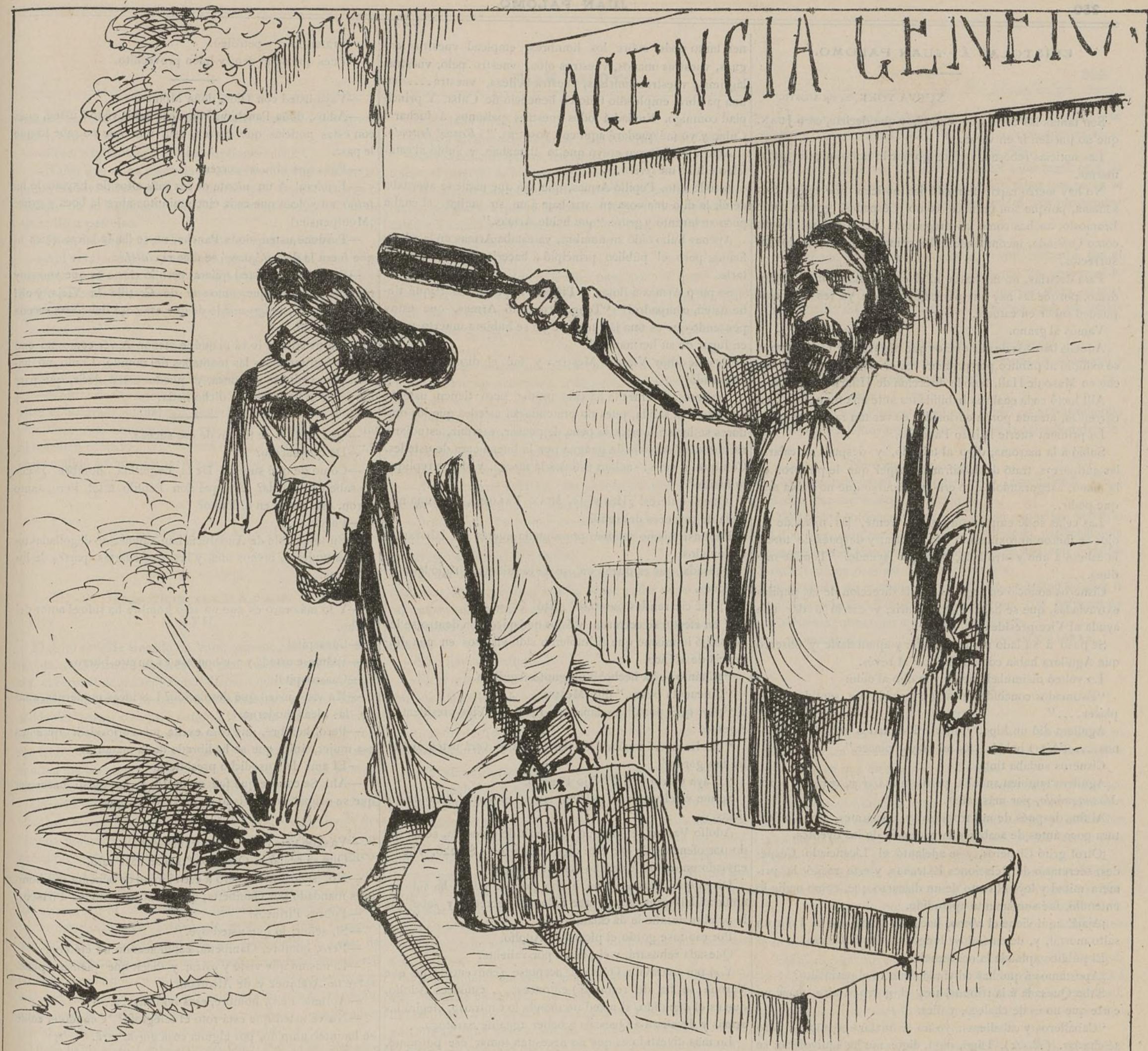
El fruto de bendición se proclama independiente á las altas horas de la noche.



Encuentro con otra ciudadana que reclama los derechos de un matrimonio civil verificado el año anterior.



¡¡Divorcio!!



Adan arrojado del paraiso.



Quesada y sus satélites se inclinan ante el nuevo poder constituido en Nueva York

EPÍSTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 24 DE AGOSTO.

Son tantas las cosas que tengo hoy que decirte, caro JUAN, que no pueden ir en verso.

Las noticias rebosan, y yo tengo por lo tanto que despararmarme.

No hay metro capaz de medir las noticias que tengo esta semana, porque son grandes como Céspedes, gordas como Bramosio, anchas como las tragaderas de Aguilera, largas como Quesada, inconmensurables como la infamia de los insurrectos.

Para decirlas, no me basta ni el endecasílabo, ni el alejandrino, porque las hay que parecen cienpiés: ya ves tú si esas pueden caber en catorce.

Vamos al grano.

Aquella barcada de misioneros que nos trajo el *Ocean Queen* se exhibió al público por primera vez el domingo por la noche en Masonic Hall, bajo la dirección de Hilario Cisneros.

Allí lució cada cual sus habilidades ante una numerosa concurrencia, atraída por la curiosidad de ver tan raros animales.

La primera suerte la hizo Panchito.

Subió á la maroma, digo al tablado, y después de calarse las antiparras, trató de descifrar un papel que le pusieron en la mano, asegurándole que era un discurso que no había más que pedir.

Las cejas se le empinaron por la frente, las niñas de los ojos se fueron aproximando una de otra, y después de torcer la cabeza á uno y otro lado, principió leyendo: "Tomate maduro...."

Cisneros conoció en seguida, por la dirección de las pupilas extraviadas, que se había visto la nariz, y corrió á dar una ayuda al Vice-presidente.

Se puso á su lado para apuntarle y apuntarle y observó que Aguilera había cogido el papel al revés.

Lo volteó disimuladamente y le dijo al oído:

"Estimados conciudadanos: en mi vida he sentido mayor placer...."

Aguilera dió un hipo, y dijo: "Estimados conocidos, dadnos.... (hipo) bebida. Es mi mayor placer."

Cisneros sudaba tinta.

Aguilera también sudaba, pero era *whiskey*, *whiskey* puro, *Monongahela*, por más señas.

Al fin, después de mil tropiezos y disparates, acabó la lectura poco ántes de acabarse la paciencia de los oyentes.

¡Otro! gritó Cisneros, y se adelantó el Licenciado Céspedes, secretario de Relaciones Extrañas, y este recitó la primera mitad y leyó el resto de un discurso que, como nadie lo entendió, fué sumamente aplaudido.

¡Ajá! aquí viene el *clown*, haciendo como que vá á dar un salto mortal, y, deteniéndose luego, sacude la cabeza.

El público aplaude la ocurrencia.

¿Apostamos á que has adivinado que es el perincito?

Sube Quesada á la tribuna, tira el gorro al aire, hace un corte que no es de chaleco, y dice:

"Caballeros y caballeras: yo no sé matar españoles; pero sé charlar. (*Risas*). Digo, digo, digo: me he equivocado; se me han escapado esas palabras, y las retiro. Para retiradas me pinto solo. (*Risas*). Quise decir: yo no sé hacer discursos, pero sé robar relojes. (*Risotadas, y todo el mundo se asegura el suyo*). Creo que he dicho otro disparate. Debí haber dicho que yo no soy orador, pero sí sé huir del peligro. (*Risas*). No, tampoco es esto lo que yo quise decir. Está visto que nunca he dicho tantas verdades, nó, nó, necedades como esta noche. A ver, tú, Rafael, sácame de apuros."

Rafael dijo entre dientes: sí, siempre ha de haber quien te saque de apuros, y luego añadió en voz alta: "Quiere decir mi hermano Manuel, que él no sabe hacer discursos, pero sabe matar españoles.... con la lengua." (*Bravos y bravatas*).

Piñeyro habló también, cómo no había de hablar Piñeyro, si es el sábio más sábio que han visto los siglos, y es el hablador de la laborancia?

Lo primero que hizo fué ponerse á llorar (sin duda porque el chocolate estaba muy caliente), y como le preguntáran por qué lloraba, dijo que se acordaba de un hermanito suyo que murió.

Después que Piñeyro jeremiqueó un rato, se apoderó de la palabra el señor Calcaño, que es, como si dijéramos, el telón de Quesada ó su secretario, á quien han bautizado sus amigos con el epíteto de "el Castelar venezolano," y la exactitud de la comparación la vas á tocar enseguida.

"Señores; la causa de Cuba es la causa de toda la América, y especialmente de los Estados Unidos. Aquí todo es grande: los ríos son mares, los otros son montes, los boquerones son ballenas, las chinches (con perdón de ustedes) son elefantes; los frijoles, melones; las cabezas, calabazas: todo es inmenso, todo es grande, hasta yo mismo. Luego, la causa de Cuba es la de los Estados Unidos. ¿V no debemos colgarnos de la oreja de esta nación gigantesca? Sí, para siempre. (*Gritos de: "Para siempre!"*). Señoras, ustedes, que tie-

nen tanto poder sobre los hombres, emplead vuestras lenguas, vuestras manos, vuestros ojos, vuestro pelo, vuestras lágrimas, vuestras sonrisas, vuestra belleza, vuestra.... en una palabra, empleadlo todo en beneficio de Cuba. Y principiad conmigo. Enviad á todos vuestros paisanos á luchar á Cuba, y yo me quedaré aquí con vosotras." (*Bravos bravos!*). Aquí un tal Bravo creyó que lo llamaban, y subió al catafalco é hizo un *speech*.

A todo esto, Pepillo Armas, que vió que nadie se acordaba de él, le dijo una cosa en voz baja á un su amigo, el cual á poco se levantó y gritó: "que hable Armas."

Apénas hubo oído su nombre, ya estaba Armas en la plataforma, pero el público principió á hacerle mofa y á insultarle.

Se puso Armas á llorar, y Piñeyro le preguntó: "¿qué tiene usted, compadre?" "Tengo, contestó Armas, que estoy pensando que es una lástima que no se hubiera muerto usted en lugar de su hermanito."

Después dijo Vicente Mestre, y fué el discurso ménos aplaudido:

"Señores: la entrada ha sido gráti; pero tienen ustedes que pagar la salida, pues no pretenderán ustedes que los oradores se hayan tomado la pena de pensar, escribir, estudiar y recitar sus discursos de guagua por la buena cara de ustedes. Con que, á ver si sueltan ustedes la mosca, y al que replique lo fusilo."

¿Que si quieres? ¿Has visto, JUAN PALOMO, salir una manada de carneros del redil?

Pues así mismo salieran por aquella puerta los laborantes espantados.

Quesada, que es ducho en eso de esquilar, dirigió las operaciones.

"¡Qué cierren las puertas!" gritó.

Y en efecto, se cerraron, y á los que quedaron dentro se les desbalijó lo mismo que si hubieran sido viajeros en una diligencia de Méjico.

"¿Cuánto se ha hecho?" preguntó Aguilera.

"Cincuenta pesos," dijo Mestre.

"¡Ay, qué poco!" exclamó el inocente Vice-presidente y Agente.

"Cá, lea usted mañana los periódicos y verá usted qué cifra tan gorda."

"¡Vaya un consuelo!" dijo Pancho.

Se me vá el vapor y todavía tengo un costal lleno de noticias.

Adolfo Varona, el antiguo secretario de Quesada, se ha dado por ofendido de que este diga que le robó \$2,226, y le ha enviado un cartel de desafío desde Saratoga.

Dicen que Varona lo ha hecho porque como ha sido secretario del perincito, le sabe todos los secretos, y sabe que la palabra desafío le dá calambrés.

Por eso tose gordo el pícaro de Adolfo.

Quesada rehusará, y él pasará por valiente.

Y si por maravilla Quesada aceptase (convencido de que Varona se ha de retractar) entónces.... entónces Adolfo, que es el ofendido, si usted no manda lo contrario, elegirá las armas y desafiará á Quesada á beber agua de Saratoga.

Lo más divertido es que no necesitan tomar ese purgante, pues solamente el hablar de desafío les ha producido el mismo efecto que si hubiesen apurado una docena de botellas de *Congress water*.

Aldama, temeroso de que no se le ocurra á Quesada pedirle cuentas en vez de dárselas, ha comprado un baul de siete suelas y se vá á Niza, y vea usted si tiene algo que mandar.

La *Revolucion* piensa morirse de sentimiento y de disgusto al ver los trastornos del laborantismo, y hasta dicen que su director, don Amador de la Cruz, desilusionado ya del mundo, proyecta meterse á fraile.

El que gana con todas estas peripecias es *La República*, y es natural, pues su director se llama Céspedes, y la *yerba* es lo que priva hoy en el laborantismo.

Verán ustedes como así que no queden más que Céspedes, se van á comer unos á otros.

Se mueren ellos por lo verde.

JOHN BULL.

UN DIA SIN CABLE.

--Eh! vecino; oiga usted una palabrita: ya sabe usted que el telégrafo está interrumpido con los Estados Unidos y Europa?

--Ya lo sé; y me fastidia eso de no tener noticias.

--Cómo, que no tiene usted noticias? pues, hombre, será usted el único, porque las hay de mucho bulto.

--Y por dónde llegan?

--Yo no sé por dónde llegan; pero son auténticas.—Se ha levantado Madrid.

--Caanario! levantar es!

--Han tomado parte en el levantamiento ciento veinte mil hombres.

--Caracoles! eche usted pares de zapatos. ¿Y qué piden?

--Fraternidad y petróleo.

--Pues que se lo den, y buen provechito.

--Yaya usted con Dios, doña Mónica.

--Adios, doña Panchita; hija, no la había visto á usted, pues con estas noticias que corren, está una que no sabe lo que le pasa.

--Pues qué noticias corren?

--Friolera! A un monte de los más altos de España le ha salido un volcan que cada cinco minutos abre la boca y grita: ¡Montpensier!

--Perdone usted, doña Pancha, no se llama boca; ¡pues ni que fuera la del *estógamo*! se dice el *clatet*.

--Se dirá como usted quiera; pero lo cierto es que yo estoy muy asustada, porque como soy de Castilla la Vieja, y allí hay montañas, tengo miedo de que esa cosa del *clatet* suceda en mi pueblo.

--Y á usted qué le vá ni qué le viene? A ver como no empiezan á gritar todas las montañas del mundo. Como no hablen para pedirme una onza, ya puede usted decir, que para mí, como si no hubiesen dicho nada.

--Qué detalles se tienen de ese suceso?

--De qué suceso?

--Cómo de qué suceso? De la degollina, hombre ¿Pues no sabe usted nada? ¡Ay, qué don Pánfilo este! Pero, santo varon, está usted en el limbo?

--Puede!

--En un pueblo de Andalucía han amanecido degolladas todas las mujeres, ménos una, y las tres cuartas partes de los hombres.

--Cáspita!

--Y lo más raro es que un sólo hombre ha sido el autor del hecho.

--Cáaspita!

--Pásmese usted! y ese hombre es un presbítero.

--Cáaaaaspita!

--Ha visto usted qué desolación? Las ideas modernas, amigo, las ideas modernas!

--Pero, hombre, una cosa excita mi curiosidad: quién es esa mujer, única que se ha librado de la matanza?

--El ama del susodicho presbítero.

--Ah! Se conoce que fué modesto y no quiso hacer ver que se ocupaba demasiado de las cosas propias.

--Ya sabe usted eso de los franceses?

--Que se acabó la *Commune*? Lo sé hace rato.

--Nó, señor; me refiero á ese ejército de ochenta mil hombres mandado por Gambetta, que ha atravesado los Pirineos.

--Pobres Pirineos!

--Sí, señor; lo que usted oye.

--Pero, hombre, Gambetta, capitaneando un ejército!

--El mismo que viste y calza; y dicen que piensa apoderarse de Aranjuez y de Alcorcon.

--Aprieta! Pero, hombre, esas noticias....

--No vé usted que está roto el telégrafo? Cuando el cable se ha interrumpido, por alguna cosa gorda será.

--Ahora sí que vá de veras.

--Pues, qué hay?

--Que Montpensier se ha presentado por las calles de Londres con una bufanda nueva.

--Caramba! eso sí que es grave, y sobre todo, con los calores de estos tiempos, ¿Y de qué es augurio la bufanda nueva de Montpensier, si no es descortesía preguntarlo?

--De qué ha de ser? de que ya está hecha la fusión.

--Vamos, sí! la fusión.... ¿Y dígame usted, qué es eso de la fusión?

--Hombre, pues está claro. Eso de la fusión es, que si triunfan me darán á mí un buen empleo.

--Qué diantre! Vea usted en lo que hemos venido á parar: la bufanda nueva de Montpensier es un motivo para que tenga usted destino.

--Cabalmente! como que soy uno de los que más se han sacrificado por la causa.

--Qué causa, ¿la de la bufanda?

--No lo eche usted á broma.

--Pues, amigo, el día que vea á Montpensier con bufanda nueva, me voy en busca de usted para que me pague aquellos cien pesos; puesto que será la señal de que tiene usted destino.

--Me partió!

--Estoy horrorizado, amigo mio, horrorizado!

--Qué le pasa á usted?

--Esas noticias de Madrid, hombre, esas noticias que le hacen á uno temblar de pies á cabeza.

--Pero, qué noticias? no está interrumpido el telégrafo?

--Cabalmente! pues por eso hacen temblar más. Si no habiendo telégrafo llegan hasta nosotros las tristes nuevas de

tantos desastres, figúrese usted qué sería teniendo la comunicación expedita!

—Pero, explíquese, hombre, explíquese usted.

—Nada; que se ha incendiado toda la ropa que estaban lavando las lavanderas en el río Manzanares. Parece ser que el dichoso río se ha afiliado en *La Internacional*, y en vez de agua, lleva petróleo.

—Pues, hombre, si no ha llevado ni agua casi nunca.

—Ahí verá usted! hace tiempo que se notaban cosas muy extrañas en su conducta; pero quién iba á pensar!.... El ha tenido necesidad de recatarse mucho, pues como tiene constantemente encima tantos ojos que lo vigilen....!

—Qué ojos?

—Los de los puentes, hombre.

Mi humilde persona toma la palabra:

—Señor, misericordia: que se componga lo más antes posible el telégrafo submarino, Señor; porque si esto dura mucho tiempo, los noticieros nos van á contar el mejor día, que el mar han cantado unas playeras, ó que un molino de viento se ha metido á fraile. ¡Misericordia, Señor!

JUAN DIENTE.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XVII.

El grito rebelde lanzado en Yara, que encontró eco en toda la Isla, tuvo para mí una ventaja, pues apenas corrió la noticia, el coronel de mi regimiento dispuso que me trasladara á Puerto-Príncipe con la fuerza que mandaba, y aproveché la salida del primer tren para cumplir la orden. Ya ve usted que no hay mal que por bien no venga. A mediados de Octubre me hallé otra vez al lado de Adelina y lejos de Felipa, cuya sombra me perseguía, tomando por lo serio lo que para mí había sido simplemente un pasatiempo.

Cuando llegamos á la estación del ferro-carril, marché al frente de los soldados en dirección de la Caridad, donde debíamos alojarnos; bajamos por la calle de la Reina, y al poner el pie en la plaza de la Soledad, como es fácil comprender, mis ojos cayeron sobre las ventanas de la casa de don Gonzalo, que estaban abiertas, y asomada á ella toda la familia, atraída por la curiosidad. Es imposible, amigo don Juan, pintar con exactitud el avinagrado gesto de doña Casiana, que antes de verme, adivinó que yo estaba allí; á pesar de que la presencia de Adelina me conmovió profundamente, era tal la influencia que en mi ánimo ejercía la tuerca, que tuvo su hija que compartir con ella mis primeras miradas, verificándose en mí el prodigio de lanzar á un mismo tiempo amor por el ojo derecho y veneno por el izquierdo.

¡Pero había visto á Adelina! ¡era feliz! En aquel instante no me acordaba de los sufrimientos de la ausencia, de las desagradables escenas que me había proporcionado la ojeriza de doña Casiana, ni siquiera me acordaba de Felipa; sólo veía á Adelina! y tuve que revestirme de serenidad para no perder el paso y abandonar mis soldados, pues sentí una especie de paralización en todo mi ser; las piernas no me obedecían, y temí quedarme enfrente de la iglesia de la Soledad, convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot delante de Gomorra. Pero andando y andando, llegué al cuartel, y después de cubrir las formalidades de la presentación á mis jefes, díme á pensar en la línea de conducta que debía seguir desde el momento en que la suerte me acercaba de nuevo al objeto de mi amor.

Pero la suerte se había ocupado de mí, y me salía al paso, ahorrándome cavilaciones y contrariedades; cuando por la noche me vestía, resuelto á pasar por delante de la habitación de don Gonzalo Casamayor, me avisó el asistente que me buscaba un caballero; imagine usted mi sorpresa, amigo mío, al estrechar la mano de don Ruperto, el tío de Adelina, á quien ha conocido usted aquí, el cual, sin andarse con preámbulos ni rodeos, tomó asiento antes de que se lo brindara, diciéndome:

—¿A que no adivina usted el objeto de mi visita?

—No es fácil, caballero Casamayor, le respondí en tono muy natural: mi casa está siempre abierta para mis buenos amigos, y cuento á usted en el número de los referidos.

—Gracias, señor Pacheco, me contestó tendiéndome la mano nuevamente. Quiero que me hable usted con la franqueza que lo haría usted á su confesor, por más que no esté revestido de carácter sagrado, ni me crea con el menor derecho para exigirlo.

—La franqueza es mi norte; mi corazón está, como mi casa, abierto para todo el mundo, pues odio la doblez y la mentira.

—Perfectamente. ¿Ama usted todavía á mi sobrina?

—¿Quién duda eso, señor don Ruperto?

—Pero mucho?

—¡Con toda mi alma!

—Hasta el punto de hacer por ella cualquier sacrificio?

—Los sacrificios que se hacen por las personas queridas toman el carácter de bienaventuranzas.

—Me alegro sobremanera de oír á usted explicarse de ese modo, porque veo que todo puede arreglarse á satisfacción de usted y á satisfacción mía, que soy aquí la parte intermedia, es decir, la Providencia de unos y otros.

—No comprendo....

—Ya irá usted comprendiendo, pues poco á poco se vá lejos. Parecerá á usted mentira la misión que traigo, porque á mí, que la desempeño, la juzgo en la apariencia inverosímil.

—Despierta usted mi curiosidad, caballero Casamayor, y le suplico....

—No quiero atormentar su cerebro con cálculos que nunca serían ni siquiera probables; traigo cerca de usted una misión diplomática, y entro en ella de lleno.

—¿Misión diplomática?

—Sí, me contestó don Ruperto sacando un excelente tabaco y presentándome su petaca. Vengo á conferenciar con usted, comisionado por mi cuñada Casiana.

—¡Por la tuerca! exclamé, sin poderme contener en la presencia de una persona tan allegada á ella.

—Procure usted reprimir sus arrebatos y dominar su antipatía, pues de lo contrario, no nos entenderíamos, llegando á un arreglo conveniente á todos.

—Disimule usted mi arranque, que por más justificado que esté, ha sido inoportuno; ¡me ha hecho sufrir tanto esa señora, que su sólo nombre subleva mi espíritu!

—Lo sé; y justamente trato de que cesen las menores diferencias.

—Sólo hay un medio....

—Es el que vengo á proponer, me interrumpió Casamayor, con una afabilidad que me encantó.

—¿Ese medio?.... pregunté muy agitado, y mirando fijamente al tío de Adelina, que sostuvo mi mirada con una tranquilidad casi edificante.

—Mi cuñada, á pesar de su carácter indomable, tiene un corazón magnífico y ama á su hija con exaltación; las exageraciones del cariño son á veces contraproducentes; y de aquí, la actitud hostil que tomó al convencerse de que se había enamorado de un alférez, que por sus pocos años y su poca posición, perdona usted la franqueza, no ofrecía un porvenir brillante y goces positivos á la hija que adoraba; el sistema que adoptó para alcanzar su objeto no fué el mejor, y bien sabe usted que desde el primer día me declaré protector de sus amores con Adelina.

—Lo sé; y he agradecido siempre los favores que debimos á su bondad.

—Nada quiero que me agradezca usted, y en prueba de ello, nunca le he contado los disgustos que me costó mi actitud contraria á los deseos de mi cuñada, y aún de mi hermano Gonzalo, que por su natural debilidad de carácter, ni ve, ni piensa, ni oye más que por los ojos, la cabeza y las orejas de su mujer.

—¿Y ahora?.... pregunté, demostrando claramente la impaciencia que me devoraba.

—Despacito, amigo mío. Dejo sentado que Casiana ama con ceguera á su hija.

—¡No lo ha demostrado con su conducta! interrumpí con viveza.

—Cada uno quiere á su manera. Casiana creía cumplir con sus deberes de madre no perdonando medio de oponerse al amor que había usted inspirado á su hija; pero después que se marchó usted á Nuevitás, cuando esperó que la ausencia borraría aquella impresión, que juzgaba pasajera, vió á Adelina sufrir en silencio, beberse las lágrimas que le escaldaban los ojos, entristecerse, y por último, amenazada su salud.

—¿Adelina sufre?

—No hay más que verla; el médico opina que tiene una pasión de ánimo.

—¡Infeliz!

—Sí; ¡muy infeliz! Aquellas observaciones han labrado en el alma de mi cuñada, produciendo un cambio, que es una crisis favorable; crisis que se ha pronunciado desde el momento en que ha vuelto usted á poner los pies en Puerto-Príncipe. Ella cree irremediable el mal, y ¡asómbrese usted, señor Pacheco! aquella mujer de hierro ha llorado!

—¡Parece imposible! exclamé con asombro.

—Pues es cierto. Esta tarde hemos hablado largamente del particular, y se ha convencido de que la salud de Adelina es primero que todo el mundo.

—¿Me ha perdonado mis calaveradas?

—Todo: hasta el balazo que dió usted á mi pobre sobrino Palanquetilla, que por allí anda con dos muletas, lamentando su error.

—¿Y se conformará con verme entrar en su casa? ¿me aceptará sin condiciones?

—A eso vengo; necesito explorar el corazón de usted para convencerme de que ama usted siempre á mi sobrina y que está usted dispuesto á hacerla feliz.

—¿A casarme con ella? pregunté, haciendo ese gesto que se dibuja siempre en el rostro de los solteros cuando les abordan la más grave de las situaciones de la vida.

—El matrimonio es la consecuencia del amor legal; pero no es conveniente precipitar los sucesos, sino saber que no ha de contrariar usted á Adelina, y que sostendrá sus juramentos de fidelidad.

—¡Ya lo creo! exclamé entusiasmado.

—Pues me basta, amigo Pacheco, y voy contento con el resultado de nuestra entrevista. Justamente, la presencia de usted en casa de mi hermano es hoy su salvación, porque Palanquetilla insiste en perseguir á su prima con sus necias pretensiones....

—¿Entonces le romperé la pierna que le queda!

—No se trata de eso; la prudencia salvará la situación, y todos exigimos de usted esa prudencia.

—Seré obediente.

—Ya sabe usted que el estado del país es comprometido por los movimientos políticos; será usted la salvación de nosotros.

—¿Yo?.... No comprendo....

—El amor de usted ha de traernos la tranquilidad. Y eso acredita que rechazamos la rebelión.

No adiviné entonces lo que significaban aquellas palabras de don Ruperto Casamayor; me despedí de él, estrechándole la mano con efusión y ofreciéndole ir al día siguiente á visitar á doña Casiana para ser su adicto servidor.

Y después, no cabiendo en mí de gozo, puseme á bailar la sopimpa, sólo en mi cuarto, ébrio de gozo, con sorpresa de mi asistente, que creyó me había vuelto loco.

(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.

SARTENAZOS.

El señor Arzobispo de Madrid ha ordenado al clero en una evangélica circular, que se le nieguen los sacramentos á todo quisque que esté casado civilmente.

Eso de ver á todo un Arzobispo elevando su autoridad sobre la voluntad nacional, que hizo del matrimonio civil una ley del Estado, consignada en la Constitución, y echándole la escandalosa á los sencillos observadores de esa ley, es cosa que me hace feliz por lo extravagante.

En el concepto de ese piadoso varón, es más meritorio á los ojos de Dios un asesino por el corte de Troppman ó Modesto Díaz, que un honrado partidario del matrimonio civil.

Lo digo porque á aquel se le dan todos los sacramentos que á este se le quitan de golpe y porrazo.

Corolario: que un español puede cometer todos los desaguisados que tenga por conveniente, seguro de que no le faltará en hora oportuna su correspondiente parte de pan espiritual, con tal que no sea casado civilmente, porque entonces no le vale ni la bula de Meco.

Y si nó ahí está el señor Arzobispo de Madrid, que no se muerde la lengua para decir eso y mucho más.

Así me gusta; las cosas claras.

En un *meeting* han silbado á Pepe de Armas sus mismos compatriotas.

El *meeting* tenía por objeto restablecer la unión.... de los silbidos.

En Persia han muerto de hambre 27,000 personas.

Dicen que así que oyó esta noticia Pancho Aguilera, exclamó conmovido:

—¡Si llega á ser de sed, qué muerte tan horrible!

Un maestro de esgrima tronado anunció que por una onza enseñaba á los más ignorantes en el arte una estocada infalible.

Uno cayó en el lazo.

—Veamos esa estocada, dijo después de soltar la *mosca*,

—Nada más fácil: os poneis en guardia, cruzais el acero con vuestro adversario, é inmediatamente gritais: "¡la policía!" vuestro enemigo se vuelve, y le pasais de parte á parte.

—¿Y los padrinos?

—Son los primeros que huyen.

—¿Eso es imposible!

—Más imposible era que yo encontrara hoy una onza, y ya ve usted que la he encontrado.

Ya está en camino Albu con su compañía de zarzuela, bufos y baile.

¡También trae baile!

¡Qué emoción!

El público debe conmovirse; y además de conmovirse, aborrase.

Sobre todo, lo último. ¿Me entiende usted?

La *Internacional* ha escrito una carta al Presidente del ministerio español, Sr. Ruiz Zorrilla.

Parece que el petróleo piensa dirigir un manifiesto al país, explicando su conducta cuando arde y cuando no arde.

Aldama ha redactado otro manifiesto.

Según se vé, está muy en moda manifestarse. Y ya todo el mundo escribe, ¡pásmese usted! hasta el mismo Aldama!

Hemos hojeado el nuevo libro de Roberto Robert, titulado *La espuma de los siglos*, continuación de los que corren orahí con los nombres de *Los cachivaches de antaño* y *Los tiempos de Mari-Castaña*, que se hallan de venta en *La Propaganda Literaria*.

A los aficionados á este género de literatura, en el que Roberto Robert hace prodigios, damos esta noticia.

La Asociación de asturianos establecida en Matanzas, y á cuyo frente se encuentra el entusiasta señor Díaz de Villar, no descansa para responder dignamente al objeto que presidió á su fundación.

Interin se eleva la capilla monumental, está construyendo un altar provisional en la iglesia de Versalles, el cual se inaugurará, según tenemos entendido, el día 8 del presente mes.

Ha nombrado camareras de la Virgen á varias distinguidas damas, entre las cuales se encuentra la Excm. Sra. Condesa de la Romera, que ha aceptado gustosamente el nombramiento.

Estas camareras tienen el encargo de recibir los donativos voluntarios para la construcción del altar.

Los hijos de Covadonga publicarán muy pronto un periódico.

Muy bien, bravos astures! JUAN PALOMO estará siempre á vuestro lado para tan patriótica empresa.

ALELUYAS.

Se dice que viento en popa sale Aldama para Europa.

Y vá en busca de Bembeta para romperle la jeta.

Porque á su hija más querida la dejó comprometida.

En los lances de honor, estos cuberos son siempre en escaparse los primeros.

He leído en un telegrama que en Irlanda se ha perdido la cosecha de las patatas.

Sr. D. Miguel Aldama, por Dios y por todos los santos se lo pido; si decide usted pasar á Europa, no vaya usted á Irlanda: en aquel país ya no hay recursos para hacerle á usted la ovación que merece.

¿Qué habían de arrojarle á su paso?

Carece de fundamento el rumor de que se iba á enviar una escuadra española á las aguas de Venezuela.

El rumor carecerá de fundamento; pero fundamento para que los buques hagan ese viaje, no falta.

Eso lo aseguro yo.

El domingo último se celebró el anunciado barquete de la *Sociedad italiana de Socorro Mútuo*.

A las seis de la tarde se sentaban sobresesenta convidados á una mesa lujosamente preparada y espléndidamente servida.

El local, desde el pié de la escalera hasta el salón del banquete, estaba adornado con flores, ramaje y banderas italianas y españolas, ostentando en los testeros del salón los retratos de los reyes de Italia y España.

A fuer de agradecido, dirá JUAN PALOMO que los representantes de la prensa fueron en extremo obsequiados y muy ensalzado y respetado el nombre español, como era de esperar entre los súbditos de una nación hermana de la nuestra, por su origen, situación y casi idioma.

Presidió el banquete el señor Ruga, cónsul italiano, teniendo á su frente al señor Cerro, presidente de la asociación.

El señor Tanalora, secretario de la misma, leyó un brindis encaminado á dar cuenta de la instalación de la sociedad y de los buenos resultados que de ella pueden prometerse.

Otros varios señores se expresaron en el mismo sentido.

La magnífica música del señor Brocchi amenizó el acto, en el que reinó siempre la más expansiva cordialidad. — ¡Bien por la colonia italiana!

Melchor Agüero ha jurado llevar cada dos meses á Cuba una expedición por cuenta propia.

Sus compatriotas le han hecho un desaire, y él quiere probar que no los necesita para nada.

El solito se lo arregla. Ni siquiera le hacen falta barcos; él hace de todo.

Se tiende boca arriba en el mar; en mitad de la barriga se coloca un palo muy alto; ata en él una camisa para que le sirva de vela, y él mismo vá soplando para darle impulso.

Ni siquiera el auxilio del aire solicita.

El es así.

Resulta ahora que para descubrir algo sobre el asesinato del inolvidable general Prim, hay que oír á algunos elevados personajes.

Me parece que esos dichos asesinos habrá que buscarlos en globo, si así nos vamos elevando.

Cualquiera diría que el crimen se había cometido en las azoteas y no en la calle.

Los vapores procedentes de América llegan á Europa atestados de pasajeros, como nunca se ha conocido, con objeto de visitar á París. De Washington escriben que diariamente se expiden, por término medio, 60 pasaportes para Europa, 90 en Nueva York y 35 en Baltimore. En todas las ciudades de los Estados Unidos se ven carteles que comienzan invariablemente con estas palabras:

“¡París! ¡París!! ¡París!!!”

Debajo un dibujo que representa un edificio ardiendo, y al pié: *Viaje á París, ida y vuelta.... tanto.*

Un empresario de Chicago, para llamar pasajeros, anunció en los carteles, con letras de tres piés de altura:

“La administración ha tomado ventanas para la ejecución de los miembros de la *Comune* en París.”

En un escrito que ha dirigido Quesada á Pancho Aguilera, le dice que *cesa voluntariamente en el uso de sus facultades, intelectuales?*

—Yo las pierdo con frecuencia, dicen que contestó Pancho.

D. Carlos, pues, el consabido don Carlos, ha llegado á Bayona.

Gavino Tejado anda por las cercanías de la ciudad, echando los bofes, buscando un alcorneque que sea digno de su excelso señor, como es de usanza tradicional en la familia.

El partido de don Carlos se dice que se ha dividido; ha hecho bien. ¡De todos modos lo habían de partir!

Vaya usted apuntando calamidades.

En la Florida un temporal ha destrozado muchos buques.

En Persia se muere la gente de hambre sin decir oste ni moste.

En Berlín no quieren trabajar los carpinteros.

El cólera hace extragos en Königsberg.

Y Pancho Aguilera ha escrito un proclama en Nueva York. Sume usted todos estos desastres, y dígame después si es posible tener apego á la vida.

Los catalanes de Matanzas han tenido la amabilidad de invitar á JUAN PALOMO, para que, armado de su tenedor y cuchara, vaya á comer en su compañía, en las alturas de Simpson, la tradicional *escudella* y sus indispensables accesorios.

JUAN PALOMO, que agradece la invitación, celebra y aplaude tan popular romería y patriótica idea, y aunque castellano viejo, para servir á ustedes, algo conoce la lengua de los Ausias March y Fivaller, y en ella se dirige á los catalanes de Matanzas, diciéndoles:

Noys, unió y fraternitat;
molta gresca y gran tabola,
críand ¡viva Monserrati
y ¡viva Cuba Espanyola!

La cuestión batallona, hoy por hoy, es la fusión de alfonistas y montpensieristas.

Se han propuesto ya varias bases, pero mi parecer es que, como bases, no pueden encontrarse otras mejores que las pantorrillas de la madre de la criatura.

Doña Emilia Villaverde ha fletado un buque de vela para que se vaya llevando á sus compatriotas á donde ellos quieran, y todo, según dicen, para que el invierno no les sorprenda.

¡Qué les ha de sorprender, si todos están ya enterados que ha de llegar!

El telégrafo no las piensa.

En un mismo parte nos dá unidas, como los gemelos de Siam, dos noticias que se muerden.

“El Papa celebra á los católicos de todos los países por las demostraciones con motivo del Jubileo.”

Esta es una de ellas; ahí vá la otra:

“Garibaldi está ya bueno y sano para lo que ustedes gustan mandar.”

¿No habría medios de hacer votar una ley sobre incompatibilidades telegráficas?

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

25

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

La Espumadera de los Siglos (continuación de *Los Cachivaches de antaño* y de *Los tiempos de Mari-Castaña*), por Roberto Robert, director de *Gil Blas*. Contiene los siguientes capítulos: Prólogo.—El dinero de la iglesia.—La honestidad.—Los cruzados.—El pillaje.—La brujería.—Los señores.—La simonía.—Conclusión.

Un tomo en 4º, de 350 páginas, elegante impresión. Rs. 14

Flores del alma, lectura en verso para las escuelas, por don José Plácido Sansón. El autor de *La familia* y de *Los ecos del Teide*, ha publicado otro librito destinado á la niñez, y que contiene las composiciones más tiernas, sencillas y familiares, entresacadas del primero de los libros arriba citados. Nada más propio para ser puesto en manos de un niño, que el pequeño libro *Flores del alma*, que, despojado de las áridas formas de la pedagogía, ofrece á los infantiles lectores delicadas enseñanzas de la moral y de la naturaleza, en forma elegante y poética.

Un tomo en 8º, de 125 páginas, impreso en caracteres muy visibles. Rs. 4

Fiesta literaria celebrada en honor de Miguel Cervantes Saavedra, por la Academia de conferencias y lectura pública de la Universidad.

Un tomo en 8º, de 48 páginas. Rs. 4

Política de Maquiavelo, 6 tratado del príncipe, precedido de la vida del autor y acompañado del anti-maquiavelo, 6 examen del príncipe, por Federico el Grande, rey de Prusia, con un prefacio de Voltaire y varias cartas de este hombre ilustre al primer editor de este libro no publicado hasta ahora en España.

Un volumen en 4º, de 118 páginas. Rs. 8

La Literatura, folleto de M. de Llano y Persi, director que fué de *La Iberia*.

Un cuaderno en 4º mayor, de 17 páginas. Rs. 4

Cervantes y la filosofía española, por don Federico de Castro.

Un cuaderno en 4º, de 50 páginas. Rs. 3

Aclaraciones sobre los sucesos de Setiembre de 1868, por el Capitán general del Ejército y marqués de la Habana.

Un cuaderno en 4º mayor, de 43 páginas. Rs. 10

Breve narración y apuntes acerca de la utilidad y preparación del café, escrita por el fabricante de chocolates don Matías López y López.

Un cuaderno en 4º, de 37 páginas. Rs. 4

El mundo de perfil, colección de artículos originales de don Ventura Ruiz Aguilera.—Primera serie.

Un volumen en 4º de 176 páginas. Rs. 4

Código y manual de construcción, conservación, mejora, administración y policía de los caminos vecinales.—Contiene todas las leyes, reales decretos, reglamentos é instrucciones que rigen en la materia, publicadas con autorización del Gobierno de S. M., así como un resumen de los métodos más sencillos, económicos y modernos de construcción, reparación y mejora de los caminos, arreglado por don Ignacio de Castilla.

Un volumen en 4º mayor, con unas 260 páginas y varios planos. Rs. 8

El duque de Aosta, folleto de actualidad, por don Ramón García Sánchez.

Un cuaderno en 4º, de 21 páginas. Rs. 4

Sucesos de La Bisbal y su distrito.—Reseña de la insurrección republicana federal del mes de Octubre de 1869, por el diputado Pedro Caimó.

Un cuaderno en 4º, de 48 páginas. Rs. 4

Manual del tirador, 6 curso elemental de las armas portátiles, su teoría y práctica, por don Pedro Tomé, teniente coronel primer jefe del batallón de Honrados Bomberos de la Habana.

Un cuaderno en 8º, de 38 páginas. Rs. 3

El origen de todos los cultos, por Carlos Francisco Dupuis, traducción de Roberto Robert.

Tres tomos en 4º, de unas 200 páginas cada uno. Rs. 17

Cuentos, artículos y novelas, de don Pedro Antonio de Alarcón.—Tercera serie.

Un tomo en 8º, de 173 páginas, edición económica. Rs. 4

La cámara de la reina, novela traducida del francés. Dos volúmenes en 8º menor, con más de 200 páginas cada uno. Rs. 8

Novelas antiguas de peregrinos ingenios españoles; un tomo que comprende *Los dos soles de Toledo*, *El cielo hasta morir*, *La peregrina ermitaña* y *La serrana de Cintra*.

Un tomo en 8º, de 116 páginas. Rs. 4

Las pasiones del joven Verter, escrito en alemán por el célebre Goethe, autor de *Herman y Dorothea*.

Un volumen en 16º, de más de 350 páginas. Rs. 4

El pastor del pueblo, novela francesa de Mad. Clemencia Robert, traducida por Lorenzo de la Concha.

Un tomo en 4º mayor, de cerca de 400 páginas. Rs. 10

Alegorías, escritas por Federico Mojo y Bolívar, con un prólogo de Miguel Cervantes Saavedra.

Un tomo en 4º mayor, de 158 páginas. Rs. 8

Tratado de las acotaciones, por don Isidro Giol y Soldevilla, director de Caminos vecinales y Canales de Riego, ayudante de Obras públicas.

Un cuaderno en 4º, de 58 páginas y varios planos. Rs. 12

ADVERTENCIA.

Todas estas obras se hallan encuadradas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son iguales para todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remisión al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.